



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



3 de agosto de 1889



Núm. 92



LAS TORRIJAS

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

Somos felices!

¿Quién había de decirnos que habíamos de ser el coquito de las damas de París, que debíamos hacernos nuestro á París, ni más ni menos que cuando fuimos allí los amos antes de que Enrique IV adjurara del calvinismo para poder ser rey de Francia?

¡París es nuestro! Es decir, es de los toreros, de las estudiantinas, de las boleras y de las gitanas.

Gracias al concurso de una afamada artista, conocen ya los parisien-ses la *Pobre chica* y aquello de que el *mejor café* etc.

Y nos ponen en los cuernos de la luna y nos dispensan el honor de asegurarnos que les divertimos más que los annamitas, los asahouas, los javaneses y los salvajes del *Far West*.

Nuestras más distinguidas hijas de Faraón exclaman con orgullo: —*Enfoncée la danse du ventre!*

Y hay que ver como *la prensa* francesa, y á su cabeza *Le Figaro*, matizan sus columnas con las palabras *fanderetos* (panderetas), *olle*, *olle* (ole, ole), *banderillos* (banderilleros), *brava*, *brava* (bravo, bravo) y demás *españolismos*.

¡Qué triunfo para nuestra hidalga patria! ¡Por voto universal, unánime, somos los mejores payasos de la Exposición!

No importa que los parisien-ses no hayan hecho el menor caso de los cuadros de Pradilla, Sala, Luna y demás; no importa que no se vea un alma en nuestro *Palacio de productos alimenticios*: con las plazas de toros de que hemos llenado París, las gitanas, las *estudiantinas* (???), las boleras, los toreros y la *Pobre chica*, hemos conseguido ensordecir de tal manera á aquella gente, que no se oye hablar sino de España.

¡Oh, qué honor para la familia! ¡Cómo se ve que tratamos con gente

fina y de buen gusto, y no con pedazos 'de cernícalos como esos finchados portugueses que no se han dignado fijarse siquiera en la *Estudiantina Matritense* que fué allá á dar conciertos!

Porque eso es lo bueno que tenemos aquí: los estudiantes vulgares,



Las torrijas

los rusos, los rumanos, los alemanes, etc., lo más á que se dedican es á estudiar, y los ingleses á estudiar y á hacer *sport*; pero aquí hemos desdenado esas simplicidades: aquí los estudiantes se dedican á dar conciertos de pandereta, flauta y violín.

España es la nación alegre por excelencia. Aquí no se trabaja: sólo se canta y se baila: cada español sabe *cantarse* y *bailarse* como ningún otro mortal.

Y de ahí que en la rotonda del Palacio de la Industria nos hayan sim-

bolizado mediante un majo, una maja, un torero, una torera y un guitarrista, pintados admirablemente.—*¡C'est l'Espagne!* os dice el amable cicerone que os enseña las maravillas de la Exposición.

Verdad es que todo tiene su reverso: mientras nos damos á conocer en el foco del mundo con nuestros toreros, gitanas y flautistas, vaciamos en ignoradas comarcas del Sur de América nuestros honrados braceros, nuestros inteligentes artesanos, nuestros buenos escritores, nuestros ingenieros de valía, nuestros hombres de ciencia, nuestros abogados, nuestros comerciantes, para que vayan á ganarse oscuramente la vida.

Pero, dejándonos ya de bromas, ¿no podía el Gobierno, prescindiendo de escrúpulos constitucionales, haber prohibido que fueran esos gitanos y estudiantes á desconceptuarnos en París, haciendo que se nos midiese por el mismo rasero que á los asahouas y los annamitas? ¿No podía haber puesto trabas á que fuésemos allí á dar el espectáculo de nuestras corridas de toros? Eso hubiera sido un bien para todos: para nosotros y para esos infelices que, si hoy sirven de risa, pueden mañana, dado el carácter escéptico y tornadizo de los parisienses, verse arrojados de allí por los *sergots* de M. Poubelle.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





Valentina

VARIEDAD DE LOS VIENTOS

En el carácter de los vientos influye mucho la condición de las superficies sobre las cuales corren. Los vientos que pasan por las llanuras de grandes desiertos secos y áridos son *enjutos y calientes*, los que cruzan por encima de montañas nevadas y heladas son *fríos*, los que vienen del océano son



Envidia

húmedos, y los que nos vienen atravesando grandes continentes son *secos*. Cuanto á su velocidad, se estima como sigue:

Las *brisas* andan 10 pies por segundo; un *viento fresco* corre 16 pies; una *ráfaga fuerte*, 24; una *ráfaga violenta*, 35; el *viento de tempestad*, de 43 á 44; un *huracán* de la zona templada, 60; un *huracán* de la zona tórrida, de 120 á 300.

Cuando el viento corre una milla por hora, es apenas perceptible; pero cuando su velocidad es de 5 millas por hora, arranca los árboles y devasta todo cuanto encuentra á su paso.

Las corrientes de aire que soplan *alrededor del globo* en una anchura de unas 12,000 millas, son designados en el mundo de la ciencia con el nombre de *vientos comerciales*.

¿Qué es lo que produce estos vientos? El aire, que en las regiones tropica-

les se calienta y asciende dividiéndose en dos altas corrientes, una de las cuales se dirige hacia el polo Norte, y la otra hacia el Sur. Al llegar allí, el aire se enfría y desciende otra vez para dirigirse de nuevo al Ecuador á reemplazar el aire que asciende de esta región. Por consiguiente, verificase



Envidia

constantemente una revolución de vastas corrientes de aire, entre los trópicos y los polos, que producen *vientos del N. y del S.*

Estos vientos, aunque en su origen soplan de E. á O., su dirección es siempre de N. á S. y de S. á N., fenómeno que tiene sencillísima explicación, ya que es debido á que, cuando los vientos del N. y del S. se dirigen hacia el Ecuador, á causa de la revolución de la tierra su marcha se encuentra cambiada de O. á E. En cambio, cuando los vientos de los polos se acercan al Ecuador, son separados gradualmente de su dirección septentrional y meridional, tomando la vía oriental á causa de la revolución de la tierra.

En el Ecuador, por lo regular, prevalecen siempre grandes calmas, origi-

nadas por los grandes volúmenes de atmósfera que los vientos del N. y del S. arrastran hacia él, los cuales, encontrándose en direcciones opuestas, se resisten equilibrándose la una á la otra; debiéndose á esta circunstancia el que permanezca en un estado de tranquilidad al llegar á cierta distancia del N. y del S. del Ecuador.

Existen también los *monzones*, vientos periódicos que soplan, en una época dada del año, de una parte del círculo, y, en otra época fija, de la parte opuesta.

Los *monzones* son producidos por los cambios de posición del Sol. Cuando este astro se encuentra en el hemisferio meridional, produce un viento NE., y cuando está en el septentrional un SO. El monzón NE. reina de noviembre á marzo, y el SO. de fines de abril á mediados de octubre. Los monzones soplan con una fuerza extraordinaria y con mucha regularidad entre la costa meridional del Africa y el Indostán. Su nombre viene de *monssiu*, voz malaya que significa *estación*.

Los torbellinos son resultados de corrientes de aire violentas y contrarias que chocan una contra otra, produciendo un *movimiento circular*. Generalmente ocurren después de grandes calmas acompañadas de un calor excesivo. Los que ocurren en el mar, ó sobre la superficie del agua, la ponen á veces en movimiento; y cuando el viento se eleva, el torbellino arrastra una gran masa de agua, produciendo lo que se llama una *manga marina*.

Los vientos del E. acostumbran á ser secos, porque pasan por encima de vastos continentes de tierra y comparativamente de poco mar: de aquí el que no estén cargados de vapores. Lo contrario ocurre con los que vienen del O., los cuales, por atravesar el Atlántico, llegan indefectiblemente saturados de humedades, produciendo en su consecuencia la lluvia.

El que los vientos del N. sean generalmente fríos y secos es debido á que vienen del Océano Artico, pasando por encima de grandes llanuras de hielo y de nieve: en cambio, los del S. son calientes y lluviosos por venir de regiones meridionales, calentados por el calor de la tierra y de las arenas, y por la cantidad de vapor que absorben al atravesar el mar.

Inglaterra es uno de los países más perjudicados por el viento, según se desprende de una curiosa estadística. Los vientos reinan allí, en un período de *mil días*, en la proporción siguiente: N., 82; NO., 111; E., 99; SE., 81; S., 111; SO., 225; O., 171; NO., 120.

En 1780 ocurrió un violento huracán que destruyó una poderosa escuadra que mandaba lord Rodney, y un gran número de buques mercantes. Dícese que perecieron en la catástrofe nueve mil personas en la Martinica y seis mil en Santa Lucía. La ciudad de San Pedro, en la Martinica, quedó enteramente destruída; y en la ciudad de Kingston, en San Vicente, no quedaron más que catorce casas intactas.

Afortunadamente, dada la situación topográfica de nuestro continente, no es fácil que jamás nos conmueva el espectáculo de una calamidad como la que hemos apuntado. Bueno es, sin embargo, tener conocimiento de ella para formar aproximada idea de los desastres que un vendabal puede ocasionar.

TRINIDAD DE LA ROSA

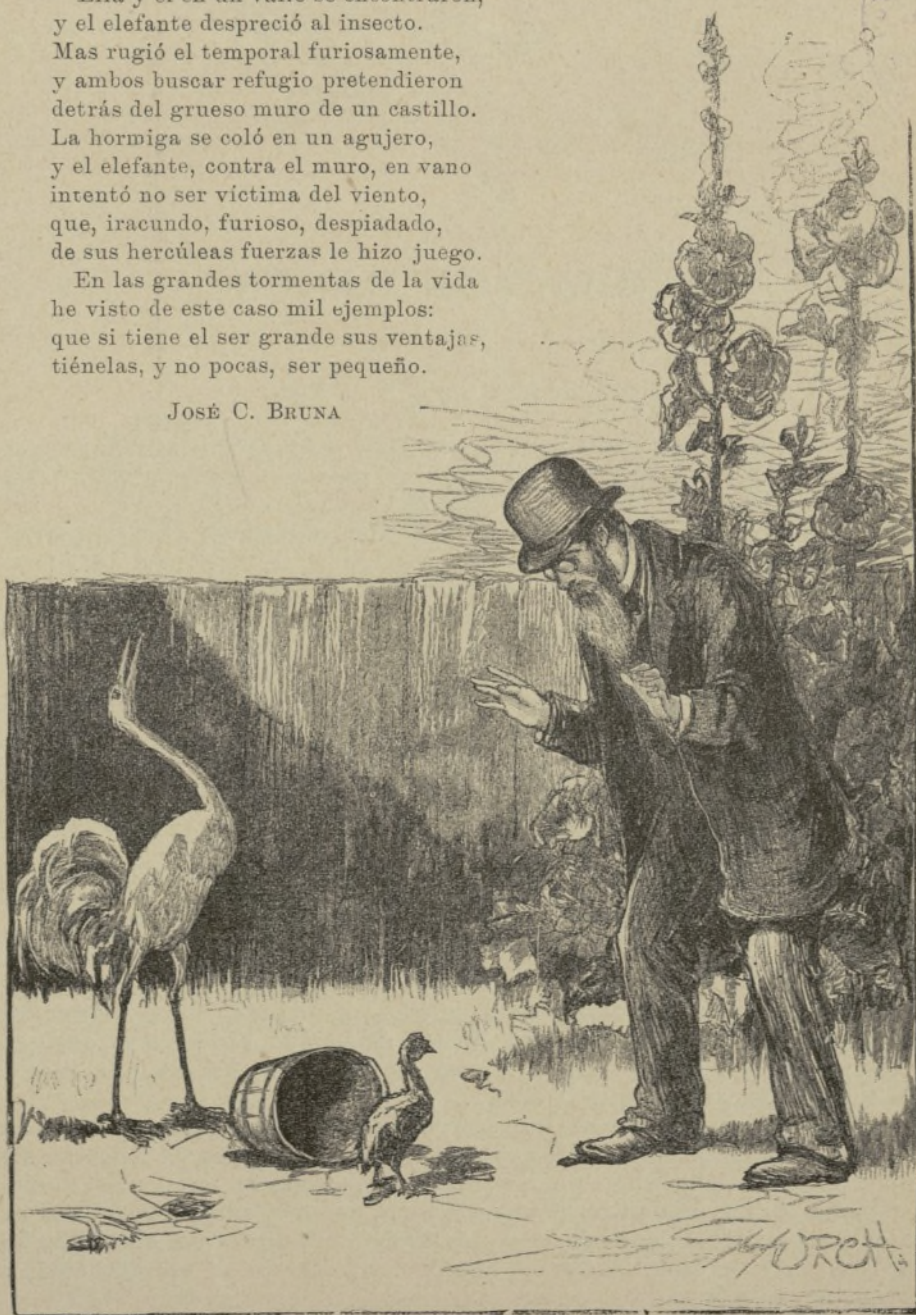


EL ELEFANTE Y LA HORMIGA

Ella y él en un valle se encontraron,
y el elefante despreció al insecto.
Mas rugió el temporal furiosamente,
y ambos buscar refugio pretendieron
detrás del grueso muro de un castillo.
La hormiga se coló en un agujero,
y el elefante, contra el muro, en vano
intentó no ser víctima del viento,
que, iracundo, furioso, despiadado,
de sus hercúleas fuerzas le hizo juego.

En las grandes tormentas de la vida
he visto de este caso mil ejemplos:
que si tiene el ser grande sus ventajas,
tiénelas, y no pocas, ser pequeño.

JOSÉ C. BRUNA



La cigüeña y el pollo



LA COMISION RANESCA

(MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE)

AL ver este título no faltarán maliciosos que se empeñen en hallar segunda intención en lo que voy á referir trasladándolo con fidelidad fotográfica de los archivos de mi memoria de estudiante.

Protesto, pues, de antemano contra los juicios temerarios de la malicia, porque aquí nada nos importa el abuso que se hace en España del sistema de comisiones, que todo lo entorpecen y que aburren á todo el mundo; ni que hayan dicho los periódicos, lo mismo en broma que en serio, que nombrar una comisión para el desempeño de cualquier asunto es igual que enterrarlo en el panteón del olvido.

¡Nada! No nos acordaremos siquiera de que se ha nombrado comisión hasta para organizar la pesca de cangrejos.

Y figúrese quien leyere si estaré lejos de burlarme de ello cuando mi relación se funda en que tuve la honra, yo propio, de formar parte de otra comisión para la pesca de ranas... ¡y nada menos que con el carácter de presidente!...

Confieso que no está exenta de vanidad la satisfacción con que lo recuerdo, y ahora dejemos que se explique mi fiel memoria de estudiante.

* *

Era el año en que estudiaba física, entre otras cuatro ó cinco asignaturas, como último curso del bachillerato, en la universidad de cierta capital, cuyo nombre me callo, no por nada malo, sino por no herir, quizás, una susceptibilidad que es excesivamente delicada.

Bastará, en justificación de mi reserva, el consignar que es actualmente digno rector de dicha universidad el que era su catedrático de física en aquel tiempo: un madrileño que, con ser muy competente en la ciencia (al menos con relación á los adelantos de aquella generación) y muy celoso en el cumplimiento de su deber, aun era más lo que se distinguía por su cariño á sus discípulos y por las debilidades en que incurría á causa de esa atención, verdaderamente excesiva.

Cada año, cuando llegaba en sus explicaciones al estudio del fluido eléctrico, les enseñaba toda clase de experimentos; mas ninguno se esperaba con

tanta impaciencia ni promovía tanta algazara como el famoso de Galvani con ancas de ranas.

Sin embargo, aquel experimento era de los menos llamativos.

Pero atraía sobremanera por los accesorios que le acompañaban, por los preparativos que le precedían.

Unos ocho días antes, y algunos años con mayor anticipación, corría entre los estudiantes de física un rumor halagüeño, una noticia que era acogida en todos los grupos con los más vivos y alegres comentarios:

«Se va á proceder al nombramiento de la *Comisión Ranesca*.»

* * *

Los que hubiesen de componerla debían ser expertos conocedores del campo y de todos los andurriales una legua en torno de la ciudad. Debían



El joven chino

prometer explorar detenidamente los charcos y las ciénagas, y, sobre todo, debían tener una seguridad absoluta de darse tan buena maña en el desempeño de su comisión, que pudiesen garantizar, para el experimento de Galvani, siquiera una docena de aquellos batracios de un tamaño más que regular.

El nombramiento de la Comisión se hacía por sufragio universal en toda su pureza, dirigiendo las elecciones el catedrático en medio de la clase.

Los nombrados sabían que, á partir del momento de la elección, contaban con ocho días de término para cumplir la obligación que contraían, teniendo muy en cuenta que eran ocho días de asueto, pues el bondadoso profesor no exigía que estuvieran en clase al mismo tiempo que funcionaban por el campo.

Así, la estudiantil Comisión Ranesca era el prototipo de todas las comisiones, siendo sus puestos tan solicitados como las más apetitosas prebendas.

Creo haber indicado que se me honró con la presidencia, y ahora debo añadir que lo fuí por aclamación el año inolvidable en que me tocó asistir á la clase de tan solícito profesor.

**

Y pasaron los ocho días, y *aínda mais*.

Trascurrió el noveno, y ninguno de nosotros pareció por clase.

Cuentan que entonces, mohino el catedrático, exclamó al día siguiente:

—¿Es que se ha dormido la Comisión?

Y cuentan también que uno de sus discípulos más aprovechados (que por cierto hace poco fué ministro de la corona) le respondió en estos términos:

—La Comisión Ranesca, si se ha dormido, habrá hecho lo que hacen todas las comisiones.

Hubo murmullos, confusión y protestas; pero al cabo la escena concluyó rompiendo todos en aplausos.

Aplaudían la presencia de la misma Comisión.

En aquel momento llegábamos triunfalmente al hemicycle todos sus individuos, menos uno que, habiéndose inutilizado en el ejercicio de su cargo, guardaba cama. En las grandes empresas siempre ha de sucumbir algún héroe.

Eramos cinco. Al sexto, á la víctima de su arrojo, habíamos tenido que sacarle del fondo de un charco.

Cada cual llevaba un cucurucho que presentamos al catedrático entre una segunda y más nutrida salva de aplausos.

Los cucuruchos contenían las pruebas de nuestro celo incansable por el bien público.

Uno por uno fué el profesor abriéndolos y sacando más renacuajos que ranas entre la algazara general.

Torcía ya el gesto, cuando se animó al ver el último cucurucho, porque abultaba mucho más que los otros.

Hay que advertir que nuestro catedrático de física era muy nervioso.

Abrió el cucurucho y pegó un salto que le obligaron á dar sus nervios.

No sé cómo decirlo para que los lectores lo entiendan, porque mi pluma se pondría demasiado nerviosa al escribirlo con todas sus letras.

Vamos... era gato por liebre.

Ahora seguro estoy de que ninguno deja de acertar con la contestación á esta pregunta:

En vez de algún magnífico ejemplar de ranas, ¿qué otro ejemplar magnífico encontraría nuestro profesor en el cucurucho?

LUCIANO GARCÍA DEL REAL



— NUESTROS GRABADOS —

LAS TORRIJAS

Un día Francisco estaba con su madre en el momento de hallarse ésta ocupada en hacer unas torrijas, sumamente apetitosas por su aspecto.

—¿Me das una, mamá?—preguntó el chico.

—No,—repuso la madre,—porque estas tres primeras están demasiado dulces, y podrían hacerte daño, por lo cual voy á dárselas á las gallinas; pero la primera que haga será para ti.

Francisco no contestó, pero como no le gustaba esperar, apenas vió á su madre llevar las torrijas al corral, deslizóse hasta allí sin ser visto y, arrebatando la golosina antes de que las aves llegaran, se la llevó.

—Puesto que mamá piensa que las torrijas no pueden hacer daño á las gallinas, tampoco serán malas para mí.

Y, probando una, parecióle tan buena que se las comió todas.

—Pues no me han hecho daño,—dijose el chico.

Y corrió al jardín para jugar con sus conejos.

Dos horas después, y como el chico no pareciese, la mamá le buscó por toda la casa, y, bajando por último al jardín, encontróle sentado junto á un árbol y muy pálido. Adivinando cuál era la causa, le cogió en brazos y acostóle al punto.

Francisco estuvo muy mal toda la noche, y cuando se recobró de la indigestión confesó su falta, prometiendo que no volvería á sucederle más.

En efecto, desde aquel día no quiso probar golosina alguna en mucho tiempo.

VALENTINA

Ocho ó nueve años tiene mi adorada Valentina, y, aunque no es muy juiciosa ni estudia mucho, todos la quieren por sus naturales encantos. Tiene los ojos azules, la voz verdaderamente musical, las mejillas sonrosadas y el cabello rubio. No es traviesa como otras niñas, ni parece aburrirse cuando está á mi lado; y por todas estas cualidades no cambiaría á Valentina por los más ricos tesoros del mundo.

ENVIDIA

La niña Clotilde tenía un pesar profundo porque acababa de llegar á la casa un niño de muy pocos años, hermanito suyo, á quien no conocía porque había sido indispensable criarle en el campo á causa de su salud enfermiza.

Comprendiendo la mamá que Clotilde era envidiosa, ó que acaso temía no ser ya tan amada de sus padres, proponíase hacerla comprender poco á poco que aquel niño, llamado Arturo, tenía tanto derecho como ella á ser amado; pero casualmente la criatura enfermó tan gravemente que se temió muriera, y entonces Clotilde, cambiando de sentimientos por la compasión que le inspiró Arturo, experimentó hacia él un profundo cariño, y cuando su hermano se restableció amóle entrañablemente.

LA CIGÜEÑA Y EL POLLO

Teníamos una cigüeña á la que pusimos por nombre *Clara*. Era muy aficionada á la carne, y cuando se la daba un pedazo, podía verse muy bien como ésta seguía su curso por el largo cuello de ave, lo cual entretenía mucho á sus amos y los amigos de la casa. Entre los animales domésticos contábase un pollo á quien se dejaba recorrer toda la casa, porque se había familiarizado mucho con el amo, y, apenas veía á éste sentarse, saltaba sobre sus rodillas para comer en su mano algunos granos de trigo.

Cierto día no se vió al pollo por ninguna parte: inútiles fueron todas las pesquisas para encontrarlo. El amo pensó, al fin, que la cigüeña se lo habría tragado á causa de su desmedida afición á la carne, y acercóse al ave para examinar su cuello. Alarmada la cigüeña, que estaba medio dormida, quiso huir, y, tropezando con la cubeta del agua, que se había

volcado, dejó en descubierto al pollo, oculto debajo de ella. El amo pensó al punto que aquella era una travesura de la cigüeña; pero, sin duda, el mismo pollo era el que lo había hecho cuando buscaba algo de comer.

EL JOVEN CHINO

Hay en la escuela un muchacho á quien han bautizado con el nombre de Hop Loo. Es muy dócil y pacífico: nunca llora ni grita, y siempre está silencioso. Llama la atención de todos los demás chicos por su aspecto: tiene la cabeza afeitada y el cabello recogido en una coleta, viste una larga blusa azul sujeta á la cintura, y nunca deja el abanico de la mano, siguiendo la costumbre de los chinos.

Tal es el retrato de Hop Loo, uno de los chicos más aplicados de la escuela.

BUENA LECCIÓN

La víspera del día de Reyes los niños Jaime y Tomás, á quienes su papá había asegurado que aquéllos les traerían un trineo para los dos, comenzaron á disputar acaloradamente sobre cuál de ellos haría antes uso del vehículo. Poco faltó para que se pegaran, y, al fin, resolvieron exponer su reclamación á la mamá. Muy pronto lo supo el padre, y, llegado el día de la fiesta, entregó á sus hijos una carta cerrada, diciéndoles que la habían enviado los Reyes. Abriéronla al punto, y leyeron lo siguiente: «Hijos nuestros: Este año no habrá trineo, pues conocemos que sería origen de riñas y disgustos. Lo recibiréis el año próximo si vemos que os enmendáis. ¡Felices Navidades!—*Los Reyes.*»

TRAVESURA

Mariano y Felisa tuvieron un día el capricho de «jugar á las gitanas» y dar una sorpresa á su mamá para reirse un poco á sus expensas, y al efecto proyectaron disfrazarse con ropa vieja, cubriéndose la cabeza con unos grandes sombreros para darse el aspecto de gitanos. Después ocultaron á su hermanito pequeño á fin de hacer creer á su mamá que se lo habían robado. Esta última, sin embargo, habíalas oído cuando combinaban su plan, y para llevar la broma adelante hizolas creer que estaba muy inquieta por la desaparición del niño. Entonces se presentaron Mariano y Felisa á su mamá, preguntándole si quería comprar uno; mas por las carcajadas de su mamá pudieron comprender que su trama había sido descubierta.



LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

Por fin, casi por casualidad, poséme en la ventana de un viejo palacio, y allí, en una gran sala desnuda y apenas amueblada, encontré á Claudio.

Acababa de pintar. La luz del sol poniente entraba á oleadas por la ventana, cerca de la cual estaba colocado un caballete, y los rumores de la calle vecina llegaban amortiguados por la distancia. Los *pifferari* tocaban delante de una pequeña Madona colocada en un rincón de pared, y el canto monótono de una procesión de frailes desvanecía á lo lejos.

Claudio miraba su cuadro abocetado. Estaba flaco y pálido. Un retrato de Ruth y un ramo de violetas en un vaso colocado bajo el retrato, parecían los únicos lazos de unión entre aquella cámara solitaria y el taller, cubierto de yedra de su casa querida de Inglaterra.

Acabó por dejar su cuadro y cogió algunas cartas que había encima de la mesa en medio de sus colores y pinceles. Las releyó durante algún tiempo en silencio, deteniéndose únicamente para mirar el retrato de Ruth. Acabó por leer á media voz, como si tratase de recordar la de la que las había escrito.

Era extraño ver aquellas dos figuras que me eran igualmente familiares: la una que había buscado yo por tanto tiempo, y la otra que representaba fielmente los ojos y la tranquila sonrisa de Ruth; extraño oír los nombres de tantos lugares como Claudio no conocía quizás tan bien como yo: no sabía que tenía cerca de sí á una vieja amiga encargada de hablarle del fiel amor de Ruth.

Vile muy á menudo. A veces cruzaba yo el sendero por donde caminaba solitariamente, y le veía levantar los ojos para seguir mi vuelo en el cielo: espero que le recordaba nuestra antigua morada, según había deseado Ruth.

Muchas veces, sentado al sol, en medio de las ruinas de los palacios de los Césares, leía en voz baja las cartas de Ruth. Hablaba siempre de Bernardo.



Buena lección

«No está robusto, —escribía ella una vez, —sino muy endeble y delicado. Tiene más que nunca la cara de un ángel, y su voz se hace cada día más bella. Vienen de muy lejos para oírle cantar, y las vecinas le llaman San Bernadito. Va á visitar los enfermos, ó los ancianos que no pueden asistir á la iglesia, y los consuela. Dicen que quiere hacerse misionero.»

Dejamos á Roma poco después que Claudio hubo recibido esta carta de Ruth, porque el invierno se acercaba y teníamos todavía que ir muy lejos. Atravesamos muchos países, un mar muy grande y por fin llegamos á Egipto y al Nilo.



Travesura

Algunas veces descansaba yo días enteros á lo largo de las fértiles orillas del gran río; otras veces seguía las barcas que lo remontaban lentamente. Un día seguí una de esas barcas á gran distancia, apenas sé por qué: quizás porque había á bordo una niña que me recordaba á Bernardo.

Esa niña no se le parecía, á lo menos por las facciones ni por la tez, porque los ojos de Bernardo eran tan azules como el cielo de Egipto y los suyos eran negros y soñadores; pero á través de toda su alegría y de su ardor meridionales brillaba el mismo ardor que en la mirada de Bernardo, un ardor que no era de este mundo y que decía que ambos se iban al cielo.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10. 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA